



HISTORIA DE VIDA

La niña de Pinotepa

Reyna Cortés Torres

PROFESORA DE EDUCACIÓN PRIMARIA

DEDICATORIA

A mis padres, Adolfo y Hermelinda.

*A mi esposo, José Neftalí, compañero de más de sesenta
años.*

*A mis hijos, a mis nietos, y a esa niña descalza de Pinotepa
que nunca dejó de caminar hacia la luz.*

PRÓLOGO · LA VOZ DEL ESPOSO

Esta obra es el resultado de años de convivencia con mi querida y adorada esposa, Reyna Cortés Torres, como un homenaje a su trayectoria de vida y a ser el tronco del árbol cuyas ramas han dado fruto, formando una gran familia con la bendición del Creador.

— José Neftalí Frías Díaz

ÍNDICE

PARTE I · PINOTEPA: LA NIÑA QUE HABLABA CON LOS ÁRBOLES

1 · La niña de Pinotepa

2 · Crecer trabajando

PARTE II · VILLAHERMOSA: EL VUELO Y LA VOCACIÓN

3 · El viaje

4 · Hacerme maestra

PARTE III · UN HOGAR Y UNA FAMILIA

5 · Noviazgo y boda

6 · Nuestros hijos, nuestra casa

PARTE IV · SERVIR: EL AULA Y MÁS ALLÁ

7 · Mi vida en el aula

8 · El DIF de Nacajuca

9 · Mi jubilación

PARTE V · EL MUNDO Y LA TERCERA EDAD

10 · La consultora que voló por el mundo

11 · Hoy: la niña que sigue puliendo piedras

CAPÍTULO PRIMERO

La niña de Pinotepa

«Mi pueblo natal, donde aprendí a caminar, a comprender el porqué de las cosas, a diferenciar el bien del mal, a leer, escribir y contar: son cosas que jamás podré olvidar.»

Con mis pies descalzos corría para llegar a tiempo, llevando la comida para Papá, porque le gustaba que le llegara calientita. Y sin embargo, a medio camino dejaba de correr y me paraba a recoger piedritas y a platicar con los árboles.

Con esas piedritas les compraba a los árboles algunas hojas, frutos y semillas, y el pago se lo dejaba al pie de cada uno; eran piedras que, según su color, tenían un valor distinto. En casa tenían medida la distancia de ida y vuelta, así que no debía tardarme más de lo establecido.



Mi padre, Adolfo Cortés Rodríguez (1911–1997).

Nací en Tlacamama, Jamiltepec, Oaxaca —Tlacamama quiere decir «lugar de los hombres fuertes»—, un lunes 14 de agosto de 1944, a las diez de la mañana, asistida por una partera. Cuentan que, en el momento de mi nacimiento, los gallos cantaron mirando al cielo, como dando la noticia de que la reina de la casa había llegado. Por eso me pusieron Reyna.

Mi padre había nacido el 3 de marzo de 1911 en la sierra sureña de Oaxaca. Era un hombre recio: gallero reconocido, honrado y valeroso; sus compromisos, sus acuerdos y su palabra eran ley. Trabajaba de sol a sol una parcela de unas veinte hectáreas que llamaban «El Encierro».



Nuestra hija Rosa Iliana. Dicen quienes conocieron a mi madre que Hermelinda se parecía mucho a ella.

Mi madre, Hermelinda Torres Méndez, era de Tlacamama, nacida en 1920. No alcancé a conocerla, pero quienes la trataron me la describen hermosa, de estatura mediana, cariñosa, sencilla y sumamente honrada, entregada por entero a las labores del hogar.

En 1946, cuando yo era muy pequeña, mi madre volvió a esperar familia; en el parto venían dos criaturas y, el 1 de marzo de aquel año, a los veintiséis, ella y las dos criaturas partieron a la gloria de Dios. Yo era la cuarta de sus hijos: antes de mí estaban Enrique, Flavia y Elva Irene.



Tía Tanita, doña Albertana Cisneros, quien me crió en Tlacamama.

Una de mis tías me contó que, antes de partir, mi madre pidió que cuidaran de la niña recién nacida. Así crecí al cuidado de una mujer abnegada a quien siempre he llamado tía Tanita —doña Albertana Cisneros—: hermosísima, de cara angelical, que me acogió —morena y de cabello negro ensortijado— como si fuera su propia hija. ¡Bendita tía Tanita! Vivía en Tlacamama, un pueblo de casitas de adobe y una frescura incomparable.



Mi padre, ya mayor, con Toñita (Antonia Castro Ávila),
mi segunda madre.

Tanita me cuidó alrededor de un año. En diciembre de aquel mismo 1946 mi padre llegó con una joven, Antonia Castro Ávila, a quien de cariño llamábamos Toñita; y a los dos años y medio me llevó a vivir con él y con mis hermanas a Pinotepa, donde ya nos quedamos. Toñita fue mi segunda madre: me enseñó los quehaceres de la casa, la responsabilidad, el respeto y, sobre todo, la colaboración.

Y sin embargo, a tía Tanita la recuerdo como si nunca me hubiera ido de su casa. Ella venía a Pinotepa, o nosotros íbamos a Tlacamama y nos quedábamos un buen rato con ella, disfrutando de tortillas calientes hechas por sus manos, quesito fresco y salsa. Cada vacación íbamos a verla. Le encantaban los collares y la ropa de mucho colorido, y eso era lo que le llevábamos. Estuve en su entierro.



Con el traje regional de mi tierra.

La parcela de mi padre se llamaba «El Encierro» por una razón sencilla: cuando la adquirió, y por ser terrenos ejidales, mandó a delimitarla con ayuda de la comunidad, cercándola con postes de árboles y alambre de púas. Dentro se conservaba un pequeño riachuelo que brotaba, fresco y limpio, debajo de una piedra: ese ojo de agua fue, para mí, el río donde navegaron mis primeros sueños.

El camino era mío: en él estaban mis piedras y mis árboles —los cocoites o cacahuananches, las parotas enormes que daban sombra, los zacatales que se mecían a los lados—. Cuando por fin llegaba con la comida, mi padre me recibía, me miraba y me decía: «Hijita, este trabajo no es para ti, porque tú eres fina». Yo entonces no sabía cuánto peso guardaban esas palabras.

«Así, entre el trabajo y el juego, entre la falta que me hizo mi madre y el amor que me sobró de tantas manos, empezó a formarse la niña de Pinotepa.»

CAPÍTULO SEGUNDO

02 Crecer trabajando

«Desde niña me inculcaron una vida de trabajo, de responsabilidad y honestidad.»

En mi familia, todos teníamos que colaborar al sostenimiento de la casa. Los varones ayudaban en el campo; a mí me tocaban los mandados y obedecer a Toña. A cada quien se le asignaba una comisión según su edad, y la mía fue creciendo con los años.



Mis hermanos y yo: Elva Irene, Flavia, Reyna y Enrique. El vestido que llevo lo compré a los ocho años, con el fruto de mis ventas.

La primera en creer en mí fue doña Clemencia Pérez —«Menchita»—, la mejor repostera de Pinotepa. A los ocho años me pagaba un peso por

ir sus revistas a domicilio; luego me confió sus dulces para venderlos, y el que más se pedía era el «borrachito», de marquesote y almíbar. También vendí las gelatinas grandes de doña Carmelita Mayren.

La comisión de aquellas ventas la iba guardando en un escondite, hasta que junté ocho pesos y me compré, yo sola, mi primer vestido. Después, para mis útiles escolares, cortaba limones y hojas en El Encierro y se los llevaba a la señora del mercado, que me los pagaba; y vendía, rapidito, los cojines de punto de cruz que mi hermana Flavia bordaba de noche a la luz de un candil. En casa, la de las ventas siempre era yo —quizá desde entonces se me dio el oficio.

No todos los recuerdos de aquellos años son dulces. Tenía unos seis años cuando, andando en el mercado, vi una vitrina con pan; me puse de puntillas y alcancé a tocar una pieza, y la tomé solo para acariciarla. El puesto era de Carmen Cortés, prima de mi padre, que me tomó de la oreja y me llevó hasta la casa: «Hermano, aquí te traigo a tu hija. ¿Así educas a tus hijos, para robar?». Mi padre, hombre de honor, le preguntó cuánto valía aquel pan y se lo pagó allí mismo.

Cuando Carmen se fue, en la casa se hizo un silencio absoluto —solo se escuchaba el ruido de ese silencio— antes de que se desatara el castigo: me quemó las manos con hojas de joloche por haber tocado el pan. Fue muy bochornoso, pero me marcó para siempre.

«Nunca en la vida he tomado algo que no fuera mío.»

Las tareas de la casa eran muchas y pesadas para una niña. Llevaba la ropa en un canasto sobre la cabeza hasta el río de agua fría, la tallaba sobre una roca y la traía de vuelta para tenderla; aprendí a cocinar y a moler el maíz en el metate. Estudié la primaria —lo único que había— en la escuela

«Anastacio León Franco», exclusiva para niñas; por las noches me alumbraba con un candil hasta terminar las tareas. Hoy, mi esposo, mis hijos y mis nietos dicen que la comida que hago es deliciosa.

CAPÍTULO TERCERO

El viaje

03

«Así como las mariposas monarcas vuelan de tan lejos para llegar a su santuario, así emprendí el vuelo desde mi origen.»

Cuando terminé el sexto grado de primaria, sentí en el corazón un deseo infinito de seguir estudiando. Quería ser maestra; pero en mi pueblo no había secundaria para seguir preparándome.

Hablé con mi padre, con la esperanza de que me diera permiso de continuar mis estudios fuera de mi tierra. Todo fue rápido: él, consciente de que toda mujer debe prepararse para ser útil a sí misma y a los demás, dio su consentimiento. Pero antes de partir me dio un encargo que llevé grabado: que no estaba sola, que no me mandaba sola, y que el día que él pudiera o quisiera, vendría caminando detrás de mí. Yo se lo creí de veras, porque era de carácter fuerte y lo sabía capaz de eso y de más.



Yo, jovencita, por los años en que llegué a Villahermosa.

No viajé sola: mis hermanas Flavia y Elva Irene fueron por mí hasta Pinotepa, para que regresáramos juntas. De Pinotepa salimos a Acapulco en un transporte incipiente, y allí ocurrió algo que me llenó el alma: conocí a unas tías que nunca había visto, hermanas de mi mamá —tía Ventura y tío Silviano, que de niños se habían ido a trabajar a Acapulco y vivían bien—, y nos recibieron con gran cariño. Y conocí también a la tía María, hermana directa de mi madre. Encontrar a la familia de la mamá que no tuve me dejó un gran sentimiento.

De Acapulco viajamos a la Ciudad de México en autobús; llegamos a un hotel y allí nos recogió el profesor Benjamín Muñúzuri, esposo de mi hermana Flavia. Él tenía una camioneta asignada por la Secretaría de Educación Pública, muy bonita para su época, con el águila pintada en la puerta. Así iniciamos el viaje a Villahermosa: horas y horas de camino, cruzando los ríos en pangas, hasta que se asomó un letrero que decía: «Bienvenidos a Villahermosa. 50,000 habitantes».

Llegué con dos emociones encontradas: la alegría de venir a un lugar donde podría prepararme y hacer de mi vida algo útil, y la tristeza de dejar a mi papá y a mis hermanos. Mi hermana Flavia, ya profesora y casada con el profesor Benjamín —director de Educación siendo gobernador Carlos Alberto Madrazo—, me recibió en su casa, y me inscribí en el primer año de la secundaria nocturna de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

Villahermosa era entonces muy chico, de cuatro o cinco calles marcadas: 27 de Febrero, Zaragoza, Venustiano Carranza y Madero; más casas de familia que comercios. Desde la terraza del departamento veía pasar, de vez en cuando, un carro o un camión urbano, y más seguido la carreta de un cabaño con don Samuel Burreal, que vendía agua en lata; años después, ya en la López Mateos, les di clase a sus hijos. Me gustó ver cómo Villahermosa fue renaciendo, con parques y jardines, e integrándose al resto de México.

Como tenía que estudiar y le había prometido a mi papá ayudar con el costo de mis estudios, me puse a trabajar en un jardín de niños, recomendada por el profesor Benjamín. Para ahorrar, hacía una sola comida al día, y aquello me produjo una debilidad tan fuerte que los médicos llegaron a pensar que era leucemia. ¡Bendito Dios, no lo era! Sobreviví y seguí adelante.

Fue a fines de enero de 1961 cuando llegué, con dieciséis años; los diecisiete los cumplí ya en Villahermosa, aquel agosto. Pero yo no me sentía una niña: desde pequeña había cargado con muchas responsabilidades, así que me conducía con la disciplina y la honestidad que traía de mi casa.

«Villahermosa se convertiría, con los años, en el santuario de mi juventud: allí crecí, estudié, encontré trabajo y, más tarde, el amor.»

CAPÍTULO CUARTO

Hacerme maestra

04

«Ahí, frente a un grupo de niños, encontré mi verdadera vocación: la de guiarlos.»

Entré a aquel jardín de niños por necesidad: tenía que pagarme la secundaria nocturna y le había prometido a mi padre ayudar con el costo de mis estudios. Era ayudante de la educadora titular, y lo mío era acompañar a los pequeños en el canto, en la danza, en sus primeros trazos. Lo tomé como un empleo y se me volvió otra cosa: ahí descubrí que lo mío era enseñar, ayudar a cada uno a sacar lo que ya traía dentro.

Estuve ahí alrededor de medio año, en 1961. Después me pasaron a la escuela primaria Díaz Prieto, en la colonia Tamulte, y ahí sí me dieron un grupo mío: tercer año, otros seis meses. Ya no era la ayudante de nadie.



Mi título de Profesora de Educación Primaria, expedido por la SEP el 15 de mayo de 1971.

El profesor Benjamín Muñúzuri, esposo de mi hermana Flavia, fue mi primer guía: me compartió lo aprendido en su larga carrera y me confirió mi primera plaza, de maestra de primaria rural, el 1º de mayo de 1962. Trabajando con los niños decidí seguir preparándome como normalista, y me inscribí en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, con maestros venidos de la Ciudad de México. Estudiaba de noche y los fines de semana, y no descansé hasta conseguir mi sueño.

Ya en 1962, con el apoyo de la profesora Maclovía Acosta, supervisora escolar, me asignaron una plaza en la Escuela Primaria Lic. Adolfo López Mateos, que se convertiría en mi segundo hogar.

En 1963, mientras cursaba la carrera, me tocó un primer grado. Un día llegaron de gira el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet; el gobernador de Tabasco, Carlos A. Madrazo Becerra, y el profesor Benjamín. Entraron a mi salón y se pusieron a elegir niños al azar para escucharlos leer.

Yo tenía uno, Pedro, que se distraía con todo. Mientras el secretario iba señalando —«abre tu libro y lee»—, yo no rezaba por mi grupo: rezaba porque no le tocara a él. Y le tocó. «Dios mío», pensé, «le tocó a Pedro».

Pedrito abrió el libro. Lo abrió, de todas las páginas posibles, justo en la única lección que se sabía de memoria: «Ese oso se asea así y hace eso». La leyó completa. El secretario se volvió hacia mí: «Muy bien, profesora, la felicito; todo su grupo está ya leyendo muy bien».

Estudiar y trabajar al mismo tiempo se podía porque el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio funcionaba de una manera que hoy parecería moderna: de lunes a viernes, por correspondencia —lo que ahora serían clases en línea—; sábados y domingos, presencial, con maestros que nos reforzaban y nos recibían todos los trabajos que habíamos ido llenando durante la semana. Era una escuela de mucho prestigio, reconocida en todo el país por formar maestros. La dirigía Ema Bertha Darwin, que nos asesoraba en pedagogía con una pasión que se le notaba.



Mi examen profesional, 10 de octubre de 1968: di la clase con los sinodales sentados al fondo, mirándome.

Mi examen profesional no fue de papel: fue dar clase. El 10 de octubre de 1968 me paré frente a un grupo con los sinodales sentados atrás, mirándome. La presión era enorme, y no solo por el examen: mi cuñado, el profesor Benjamín Muñúzuri, era entonces director federal de Educación en los estados y territorios de la república, así que todos los ojos estaban puestos en mí.

Lo que ellos no sabían era que yo llevaba siete años dando clases. Siete años de pararme cada día frente a niños de verdad. Eso fue lo que me sostuvo.

El título me lo expidió la Secretaría de Educación Pública, en la Ciudad de México, hasta el 15 de mayo de 1971. Aquel papel era mucho más que un documento: era la promesa cumplida a mi padre y a la niña que, descalza, soñaba con estudiar.

Mi tesis la escribí sobre lo que había ido aprendiendo sola dentro del salón: que enseñar es un proceso de reflexiones críticas y ordenadas para transformar la práctica educativa en conocimientos útiles. Dicho más sencillo: que explorar la vista y el oído de un alumno es entrar en lo más hondo de su ser; que ponerlo en contacto con la naturaleza que lo rodea lo vuelve sensible; y

que enseñarle a hacer algo con materiales ya usados le forma un carácter de creación.

Ya con mi título di también la cátedra de Lectura y Redacción en la Escuela de Enfermería de la Universidad Juárez. Pero mi lugar estaba en la primaria, y la de mi vida entera dentro de aquella aula es una historia que merece su propio capítulo.

«La docencia, con el enorme interés de la niña de Pinotepa, que hablaba con las piedras y los árboles; y esos árboles, al final, fueron mis niños en la escuela primaria.»

CAPÍTULO QUINTO

Noviazgo y boda

05

«Primero le acepté su amistad; luego, esa amistad fue creciendo.»

En los últimos dos años de la secundaria, un compañero de clases empezó a llamar mi atención. Aquel joven era José Neftalí Frías Díaz, contador privado, que trabajaba y estudiaba a la vez. Primero le acepté su amistad; luego, esa amistad fue creciendo, y con ella volvió el temor a los consejos de mi papá.



José Neftalí y yo, de novios, por las calles de Villahermosa.

Cuando Neftalí quería acompañarme a casa, yo le pedía a mi hermana Elva Irene que caminara conmigo, porque Flavia me esperaba, vigilándome, desde la terraza. Al paso de los meses, Neftalí me pidió que fuera su novia; accedí, pero con una condición: que primero hablara con mi padre.

Para cumplirla, su papá, don Teodoro Frías García, fue a ver al mío para contarle del noviazgo, y mi padre concedió el permiso. Por aquellos días nació Patricia, hija de Flavia; a Neftalí y a mí nos tocaba pasearla, y la gente pensaba que ya éramos casados. Yo ya tenía mi plaza de profesora y Neftalí

trabajaba como auxiliar de contador; con sueldos pequeños, pero armados de valor, decidimos casarnos. Él fue previsor: guardó sus ahorros en Bonos del Ahorro Nacional.

Cuando se acercó la fecha, cambié los bonos por efectivo e hice maravillas: alcanzó para mi traje de novia, el de él, y hasta para construir una especie de departamento en un espacio que nos facilitó su tío. Era el garaje de la casa principal, de cinco metros de ancho por veintidós de fondo —un «chorizo»—, pero sería nuestro primer hogar.



José Neftalí y yo, el día de nuestra boda. 24 de enero de 1965.



Nuestra boda civil, en el Registro Civil número uno de Villahermosa, ante el oficial Alipio Calles Cortés.

Nos unimos un domingo 24 de enero de 1965. La boda civil se celebró en el Registro Civil número uno de Villahermosa, y después nos casamos por la iglesia. La fiesta iba a ser en la terraza de Flavia, pero aquella tarde-noche llovió muchísimo; gracias a Dios, el contador Ramón Neme Castillo nos

prestó el salón del Club Rotario, y allí se hizo. A pesar de la lluvia, los invitados llegaron; entre ellos, mi padre y mis hermanas.



La fiesta de bodas, con nuestros padres, madrinas y pajecitos.



Foto del recuerdo: mi papá Adolfo, la mamá de Neftalí —doña Mercedes Díaz Pérez—, las madrinas y los pajecitos.

No hubo viaje de bodas. Esa misma noche nos fuimos a nuestra casita de la Colonia Magisterial. Allí, en aquel «chorizo» levantado con ahorros y valor, comenzó nuestra vida juntos, que hoy suma más de sesenta años.

CAPÍTULO SEXTO

Nuestros hijos, nuestra casa

«Los recuerdos más felices son los momentos en que los hijos crecen y hacen su familia.»

Nuestra vida de casados comenzó en aquella casita «chorizo» de la Colonia Magisterial. No hubo lujos, pero sí un techo propio y muchas ganas de salir adelante. Y pronto, a ese hogar, comenzaron a llegar los hijos.

Dios nos bendijo con cuatro. **Martha del Carmen** nació el 11 de julio de 1966; **José Nephtalí** —a quien de cariño decimos Pepe— el 27 de septiembre de 1967; **Rosa Iliana**, «Rosy», el 12 de noviembre de 1971; y **Carlos Enrique** el 2 de septiembre de 1976. Entre mi trabajo de maestra y las cuentas de Neftalí, los criamos con esfuerzo; hubo momentos económicamente difíciles que hoy, vistos a la distancia, se han vuelto dulces recuerdos.



Nuestra casa y su jardín, en la Colonia Magisterial de Villahermosa.

Con la bendición de Dios, Neftalí y yo construimos nuestra casa en la Colonia Magisterial, en un terreno junto a una laguna. Allí, entre el jardín y el agua, creció nuestra familia: los cumpleaños, las comidas, las tardes de tarea. Aquella casa fue el corazón de todo lo que vino después.



En el jardín de nuestra casa, en la Colonia Magisterial.

Hoy cada uno ha formado lo suyo. Martha del Carmen es madre de Andrés y de Joel, y está casada con Joel Jaimes. Pepe tiene tres hijos —Bárbara Giselle, José Neftalí y Diego Emmanuel— y, junto a Cristian Rubí, nos dio a la más pequeña de todos, Emily Daniela. Rosy es madre de Hernán y de Ana Paula, con su esposo Hernán Contreras. Y Carlos Enrique, el menor, sigue soltero. Lo mejor de todo es que viven cerca, aquí en Villahermosa: que Dios nos los siga bendiciendo.



Nuestra familia, ya crecida: hijos, nietos y nietas.

Ver crecer a los hijos y verlos formar, a su vez, su propia familia ha sido una de mis mayores dichas: son momentos que se vuelven eternos. El paso del tiempo no borra esos recuerdos; solo los convierte en historias que nos hacen sonreír.

Nuestros ocho nietos son la continuación de todo. Con el mayor, Andrés Ledesma Frías, bailé un día que llevo grabado en el corazón; y la más pequeña, Emily Daniela Frías Luna, nació el 5 de marzo de 2026. Entre ellos hay una nieta, Bárbara Gisselle —«Barby»—, que vive en Monterrey; los nietos me llaman de cariño «Mayena», «Mayenis».

MENSAJE DE NUESTRA NIETA BARBY, EN EL CUMPLEAÑOS
81 DE REYNA

«¡Feliz cumpleaños, Mayenis! Hoy celebramos a la persona más dulce, fuerte y luminosa de nuestra familia; la que con sus abrazos cura todo, con su risa llena de vida cada rincón y con sus consejos siembra amor y sabiduría en todos nosotros. Eres el corazón de nuestra historia, un ejemplo de bondad, fortaleza y ternura. Gracias por tu paciencia infinita y por enseñarnos que la vida se disfruta en los pequeños detalles. Eres un tesoro irremplazable, y te amamos con todo el corazón.»

— Bárbara Gisselle, desde Monterrey.

«El recuerdo es el único paraíso del cual no podemos ser expulsados: la familia.»

CAPÍTULO SÉPTIMO

Mi vida en el aula

«Compartir la enseñanza es conjugar una sed común, entre el maestro y el alumno.»

En la escuela Lic. Adolfo López Mateos pasé los años más plenos de mi vocación: treinta y tres años de servicio docente. La llamábamos con cariño «López Mateos», y llegó a ser mi segundo hogar. Ahí me tocó dar clases a todos los grados, del primero al sexto.



Las maestras fundadoras de la López Mateos, con nuestra directora, la profesora Alba de Jesús Figueroa Silva.

El personal docente éramos puras mujeres, muy trabajadoras, bajo la dirección de la profesora Alba de Jesús Figueroa Silva. Entre las maestras fundadoras siempre hubo cordialidad y armonía; nació entre nosotras una amistad que el tiempo no ha borrado. Las maestras y los niños hacíamos toda clase de labores que, al terminar el ciclo, exhibíamos en una exposición: los

alumnos tejían tapetes con estambre; las niñas bordaban sobrecamas y manteles.



De excursión con mis alumnos en la zona arqueológica de Comalcalco, Tabasco.

Yo era una maestra muy activa. Conseguía autobuses para llevar a mis alumnos de excursión a la zona arqueológica de Comalcalco; quería que aprendieran no solo en el pizarrón, sino con los ojos y con los pies. Entre tantos alumnos recuerdo con cariño a Francisco Cardoza Correa, de sexto grado, de capacidad intelectual extraordinaria.



Con mi alumno Francisco Cardoza Correa, de sexto grado.

Con los años, lo que más emocionó a mis niños fue el bordado de alfombras. En esto mi esposo, José Neftalí, siempre colaboró conmigo: le contaba una idea y él me ayudaba a buscar las agujas y la tela, y juntos con los niños hicimos tapices hermosos. De aquellos grupos salió Enrique Marín, que diseñaba desde pequeño y hoy es un diseñador reconocido. Yo les enseñaba que no se necesita algo especial para crear: bastaba una piedra o el joloche.

Todavía conservo una libreta con la lista de mis alumnos, que forré con tela y adorné con pasalistones y calcomanías. En esas páginas está buena parte de mi vida: nombres de niños que hoy son hombres y mujeres de bien.

Guiarlos fue, para mí, otra manera de recoger y pulir piedras: cada alumno tenía su color y su brillo propios.



Con mis compañeras profesoras de la López Mateos.

Y no solo mis alumnos me recuerdan. Ya jubilada, recibí de una exalumna, Juana de los Ángeles, unas líneas que atesoro:

MENSAJE DE UNA EXALUMNA

«Maestra, el sentimiento es recíproco; nunca olvidaré sus enseñanzas, que fueron de amor, dedicación y pasión en el camino de la educación. Le agradezco su acompañamiento y sus grandes lecciones académicas y, sobre todo, sus lecciones de vida. Gracias, y que el Señor la siga bendiciendo siempre.»

— Juana de los Ángeles.

«Fueron treinta y tres años frente al pizarrón: los más plenos de mi vida de trabajo.»

CAPÍTULO OCTAVO

El DIF de Nacajuca

«Para un sistema de servicios públicos hay que considerar, ante todo, las necesidades del ser humano.»

En septiembre de 1981, mi esposo, José Neftalí, fue llamado por el gobierno del estado para ocupar la presidencia municipal de Nacajuca, un municipio cercano a Villahermosa. Por ese cargo, a mí me correspondió hacerme cargo del DIF Municipal —la institución que busca el desarrollo integral de las familias— del 15 de septiembre de aquel año a diciembre de 1982.

Fue un encuentro de emociones: de un día para otro dejé mi escuela, mi grupo de niños y a mi entrañable directora, y por un acuerdo del gobernador fui comisionada al cargo. Me dije: «Manos a la obra». Recorrí los poblados registrando todo lo que debía atenderse —salud, vivienda, alimentación y trabajo—, a veces acompañada por autoridades del estado.



Recorriendo las comunidades de Nacajuca con las damas voluntarias del DIF.



Llegando en lancha a los poblados de Nacajuca, con el DIF.

Nacajuca era otro mundo. Muchas comunidades eran de pueblos originarios chontales, y para llegar a algunas había que cruzar el agua: más de una vez me tocó remar yo misma en una lancha. De un pequeño espacio hice un centro de esparcimiento para las familias, con flores y animalitos, hasta convertirlo en un hermoso jardín ecológico.

Pero lo que más me marcó fue la salud. Encontré que muchas mujeres daban a luz «a la antigüita», colgadas de las vigas de la casa. Y encontré algo que me estremeció: mujeres con la matriz fuera del cuerpo, sostenida apenas por su ropa interior. De inmediato hice contacto con un hospital de Pemex para que las operaran y les devolvieran su órgano a su lugar. Y lo logré.

También estaban las despensas. El gobierno enviaba pescado salado y leche en polvo que, en los poblados indígenas, no sabían aprovechar y se los daban a los cerdos. Con las damas del DIF les enseñamos a desalar el pescado y a hervir la leche con canela; les gustó tanto que las despensas dejaron de alcanzar, y tuve que gestionar más. Comprendí que servir a los demás era otra forma de enseñar, y que la niña que un día repartía dulces y revistas seguía, ya de grande, repartiendo salud, alimento, un poco de dignidad.

«Servir a los demás fue, también, una manera de enseñar.»

CAPÍTULO NOVENO

Mi jubilación

09

«*Todo tiene su tiempo.*»

Un día, en la parte trasera de mi casa, al bajar cuatro escalones se me dobló un pie y se me fracturaron los huesos del metatarso. Tuve que pasar un tiempo acostada o en una silla de ruedas, y aquello fue suficiente para hacerme pensar en la jubilación. No quería todavía: a mis cincuenta y dos años tenía fuerza y salud para seguir dando clases. Pero, me dije, todo tiene su tiempo.

Me jubilé en 1996, después de treinta y tres años en la López Mateos; y si cuento desde el jardín de niños y la Díaz Prieto, donde empecé en 1961, fueron treinta y cinco de servicio. Con la profesora Alba, mi entrañable directora, nos jubilamos casi al mismo tiempo. En esos años me tocó dar clases hasta a los hijos de mis primeros alumnos; hoy son profesionistas y padres de familia, y me recuerdan con cariño.



Reunión con mis exalumnos de la López Mateos; todavía nos vemos y aún les paso lista.

A esos primeros niños, ya adultos, todavía los veo: a veces vienen a visitarme a casa, otras nos reunimos a desayunar. La primera vez que llegaron se emocionaron muchísimo, porque aún conservo las listas... y les pasé lista. Ahí están, en la foto, aquellos chicos de hace sesenta años.

El tiempo no perdona: llegó el momento de separarme de mi amada escuela, y lo hice con el corazón lleno de gratitud. A mis exalumnos les digo, con mucho cariño: gracias por su paciencia, por dejarme repetir tantas veces conocimientos e ideales hasta alcanzar el horizonte deseado. Cerré esa etapa sin saber que la vida, generosa, todavía me tenía preparado un nuevo vuelo.

CAPÍTULO DÉCIMO

La consultora que voló por el mundo

«Un viaje describe los lugares y las etapas de la vida.»

Después de mi jubilación me di cuenta de que todavía tenía cuerda para rato. La oportunidad llegó con Swiss Just, una empresa suiza cuyos productos, hechos con lo que da la naturaleza, entré a conocer porque vi que sanaban: en mi propia familia había males de siempre —la migraña de Neftalí, el asma de mis hijos—, y aquello me convenció.



Entre las lavandas: la niña que hablaba con los árboles, ahora entre flores.

Al principio no quería entrar: no sabía vender ni conocía a nadie. Pero se me había olvidado que, desde niña, yo era vendedora, y muy buena. Al rec-

ordarlo me dije: «Reyna, esto es para ti». Y vaya que lo era: en septiembre de 1996, recién jubilada, gané el primer lugar en ventas a nivel nacional, y fuimos las primeras mexicanas en llegar a la casa matriz de la empresa, el Kurhaus de Walzenhausen, en Suiza. Allí quedaron nuestros nombres, en una placa conmemorativa.



Premiada en un aniversario de Swiss Just México, por mis primeros lugares en ventas.

Como premio a mis ventas, la empresa me llevó a viajar por el mundo, algo que aquella niña descalza jamás habría imaginado. En Europa conocí Suiza, París, Italia, Venecia, Viena, Zúrich, Hungría y Salzburgo; en América, Panamá, Argentina, Colombia, Brasil, Cartagena de Indias y Punta Cana; y por mi país, de Los Cabos a Cancún.

Siempre me había imaginado viajar, y casi me volví loquita cuando el avión aterrizó en París y fuimos a los jardines de Versailles: agarré mi bolsa y empecé a dar vueltas, vueltas, vueltas —«¡Soy Just, soy Reina!»—. Como siempre me gustó leer, al poner un pie en el Coliseo Romano el corazón me latía tremendamente; y Hungría me recordó a México, con sus bordados blancos, verdes y rojos. Sentía que aquellos lugares, que solo había leído en la historia, me pertenecían, y que tenía que llegar a ellos.

Con el tiempo aprendí a trabajar en equipo, a dar «encuentros de bienestar» y hasta a ofrecer masajes terapéuticos con los aceites de la empresa. Y

cada vez que abro un frasco de esencia de lavanda o de romero, me acuerdo de aquella niña que platicaba con los árboles y les compraba flores con piedritas de colores. La vida, generosa, me devolvió multiplicado aquel amor por la naturaleza.

«La niña descalza que vendía dulces por las calles de Pinotepa terminó cruzando el mundo con la naturaleza en las manos.»

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Hoy: la niña que sigue puliendo piedras

«Desde la niñez hasta la tercera edad, he recogido muchas piedras, y las he pulido y pintado con amor.»

Han pasado los años, y aquella niña que se detenía a recoger piedritas en el camino no ha dejado de hacerlo. Soy inquieta, no me gusta perder el tiempo; cuando tengo un pequeño espacio, pinto. En realidad pinto desde que daba clases, porque así cumplía con los trabajos manuales; y hoy sigo pintando piedras.



Mis piedras pintadas: la ofrenda de siempre.

En Tabasco hay pocas piedras con forma, así que las ando buscando; cuando las encuentro, les pinto paisajes y casitas, adorno con ellas mis mac-

etas y, a quien las mira y le gustan, se las regalo —y se emocionan, porque aquí no se acostumbra ese arte—. En el fondo, esas piedras soy yo: recogida como un residuo del «cerro desmoronado», me fui puliendo con el tiempo hasta darle brillo a la vida que me tocó.



El árbol y las piedritas: mi ofrenda de siempre.

No he olvidado a mis árboles. A aquellos del camino a El Encierro les dejaba, al pie, piedras pintadas como pago por su sombra y por dejarme confiarles mis sueños de niña. Dios, que todo lo puede, me concedió cada uno de esos deseos: Él ha sido mi árbol protector, que creció grande y frondoso, al igual que aquella niña de Pinotepa.

Hoy doy gracias por todo. Desde Pinotepa, con la bendición de mi padre, don Adolfo Cortés Rodríguez, viajé en la distancia y en el tiempo hasta Villahermosa. Gracias a mi esposo, José Neftalí; a mis hijos Marthita, Pepe, Rosy y Carlos; a mis yernos, a mi nuera y a mis ocho nietos, por hacer conmigo una gran familia que no deja de crecer; y a mi hermana Flavia, dondequiera que esté.

A veces pienso en las mariposas monarcas, que vuelan de tan lejos hasta su santuario. Así la vida nos da alas; y si un día alguien me pregunta quién soy,

responderé lo mismo que aquella niña descalza que corría con la comida de su padre y se paraba a platicar con los árboles: soy la niña de Pinotepa, la que sigue recogiendo y puliendo piedras.

«Árbol hermoso: aquí te dejo mis pagos, por todo lo que me das. Pensamientos y alegrías. Atentamente, Reyna.»



VOZ DEL ESPOSO

Epílogo

En esta historia de vida se refleja un profundo sentido de superación, de amor familiar y de la capacidad para sortear muchas pruebas: de la parte más humilde hasta el gozo del éxito.

Se cuenta que Sócrates caminaba por las calles de Atenas cuando se detuvo frente a unos albañiles. «¿Qué haces?», le preguntó a uno. «Trabajo por un salario, para poder comer», contestó. Al segundo, ocupado en lo mismo: «Estoy labrando esta cantera». Y el tercero respondió: «Estoy erigiendo un templo». Aquella vieja anécdota señala la diferencia entre un obrero, un artesano y un artista.

El trabajo educativo es el de un artista, porque en el interior de cada niño se está erigiendo un templo: el del saber. Eso hizo Reyna durante treinta y tres años, y por eso sus conocimientos siguen dando cobijo a quienes buscan una vida mejor.

«Todos los pueblos tienen personajes que nacen para ser grandes. La niña de Pinotepa es uno de ellos.»

Una gran mujer es un foco de luz, un manantial del que nos extasiamos, una claridad que disipa las sombras de los ayer. Ser guía de la niñez, como profesora, es una virtud que se conjuga con el liderazgo; y Reyna lo tuvo de sobra: como maestra, como esposa y como madre.

Queridos hijos y nietos: nunca hagan de su hogar solo un lugar, sino un santuario. Constrúyanlo también dentro de su propia cabeza, para llevarlo a donde vayan —con amigos, con amor, con todo lo que los haga felices—.

Y recuerden lo que decía el poeta: «Dormía y soñaba que la vida era alegría; desperté y vi que la vida era servir... y el servir era alegría». Esa ha sido, entera, la vida de Reyna.

— *José Neftalí Frías Díaz, esposo de Reyna.*

LA CANCIÓN

La niña de Pinotepa

Letra y música de José Frías Cortés
Chilena oaxaqueña con arreglo sinfónico · voz cálida y narrativa

VERSO 1

¿A dónde vas pequeñita?,
¿a dónde vas tan de prisa?,
«Llevo comida a mi padre»,
contesta con gran sonrisa.

VERSO 2

Con sus piecitos descalzos,
camina la dulce niña,
cabellos de oro bailando,
mientras el cerro subía.

VERSO 3

Sus mañanas son de escuela,
las tardes son pa' la venta,
panes, diarios, tamalitos,
pregona por calles enteras.

PRE-CORO

Un día difícil termina,
a casa regresa la niña,
cansada se acuesta en su cama,
y abraza a su muñeca linda.

CORO

Muñequita linda de trapo,
 tú que con la niña juegas,
 cuéntale a la pequeñita,
 que un día será una Reyna.

Porque del cielo ha bajado,
 estrella que quiso ser niña,
 penas, dolor, injusticias,
 convertirás en sonrisas.

PUENTE

— instrumental —

VERSO 4

Y el tiempo hizo su magia,
 y la pequeña creció,
 por amor a sus hermanas,
 a tierras lejanas viajó.

VERSO 5

Hidalgo le dio refugio,
Adolfo fue un gran amigo,
 y al *alba* siempre confiaba
 sueños, secretos y triunfos.

VERSO 6

Y el amor tocó a su puerta,
 al rey de su vida le dio,
 Reyna vestida de blanco,
 una familia formó.

PRE-CORO

Familia que es su tesoro,
herederos de su amor,
Reyna de sus corazones,
su gran legado dejó.

CORO

Muñequita linda de trapo,
que siempre estuviste con ella,
la que ayer era una niña,
hoy brilla más que una estrella.

Es mi madre, es mi escuela,
es mi amiga y consejera,
estrella que quiso ser niña,
su brillo todos quisieran.

CIERRE

Es mi madre, es mi escuela,
es mi amiga y consejera,
estrella que quiso ser niña,
la niña... de Pinotepa.

Hidalgo: la calle donde vivió en Villahermosa. · **Adolfo:** la escuela primaria Adolfo López Mateos, donde trabajó. · **Alba:** su querida directora y amiga.

APÉNDICE A

Mi tierra: Pinotepa Nacional

Mi pueblo, Santiago Pinotepa Nacional, está en la costa chica de Oaxaca, cerca del mar. Su nombre suele traducirse como «cerro desmoronado», y fue, en épocas pasadas, uno de los más poblados de la región, distinguido por el Cerro de Jicaltepec, que se alza a sus espaldas.

Nuestra historia es antigua. Mucho antes de la conquista estas tierras ya estaban habitadas; después llegaron los frailes dominicos, que fundaron la parroquia y dejaron su huella en la vida del pueblo. Con el triunfo de la Independencia se le añadió el apellido «Nacional», para distinguirlo de las otras Pinotepas de la costa.

Camino a Jicaltepec está la «Piedra Encantada»: cuentan en el pueblo que, al pie de ella, se dejaban ofrendas y se pedían deseos. Leyendas así son parte del alma de mi tierra, tan viva como su música.

Nuestra expresión más entrañable es la chilena —música y baile de la costa chica de Oaxaca y Guerrero— y los sones, que animan cada fiesta. Las mujeres vestimos el traje típico: la falda de satín con listones de colores y la camisa bordada a mano, orgullo de la región y de sus artesanas.

Es también tierra de artesanías —textiles, cerámica y trabajos de palma— y de lenguas originarias, sobre todo el mixteco, que muchas familias aún conservan. En nuestra cocina reinan el maíz, el pescado y los mariscos de la costa, y el cacao con que se preparan las bebidas tradicionales.

La vida gira en torno a las festividades, sobre todo las del santo patrono, Santiago Apóstol, con música, danza y comida que reúnen a todo el pueblo. En días de plaza, el mercado se llena de colores, aromas y voces. De esa tierra, de su gente y de su luz, salí yo.

APÉNDICE B

Nacajuca y su gente

Nacajuca, donde me tocó servir, es un municipio a unos treinta minutos de Villahermosa: tierra de ríos, lagunas, selva baja y alta. Buena parte de su población pertenece a los pueblos originarios chontales, que conservan su lengua, su vestido y sus costumbres, y dividen su geografía en la zona mestiza y la zona indígena.

Su vida gira en torno al campo. El maíz es el cultivo principal, junto con el frijol, la caña de azúcar y el cacao; y la pesca en ríos y lagunas, así como la ganadería, completan el sustento de las familias.

Su folklore es rico y variado, con danzas, música y un arte popular que trabaja el barro para hacer comales y vasijas, y la palma para tejer petates. La lengua chontal se escucha todavía en muchas comunidades, y con ella viajan sus historias.

En su origen, las viviendas se construían con materiales de la región —madera, palma y adobe—, y el agua para beber se obtenía de pozos y ríos, que se hervía para tomarla. La salud estaba en manos de las parteras y de los médicos empíricos; con el tiempo llegaron los centros de salud y los hospitales.

En esa tierra, a principios de los años ochenta, me tocó estar al frente del DIF Municipal: recorrí las comunidades, atendí la salud de las mujeres, enseñé a aprovechar los alimentos y tendí puentes entre dos culturas. Nacajuca se me quedó en el corazón.

ÁLBUM

Una vida en imágenes



Reyna Cortés Torres.



Mi padre, Adolfo Cortés Rodríguez (1911–1997), gallero y hombre de palabra.



— Mi padre, ya mayor, con Toñita (Antonia Castro Ávila), mi segunda madre.



— Nuestra hija Rosa Iliana; dicen que se parece a mi madre, Hermelinda.



— Mis hermanos: Elva Irene, Flavia, Reyna y Enrique.



— Yo, jovencita, por los años en que llegué a Villahermosa (1961).



— Con el traje típico oaxaqueño, en una fiesta.



— De novios, por las calles de Villahermosa.



— Retrato de recién casados, 1965.



— El día de nuestra boda. 24 de enero de 1965.



— La fiesta de bodas, con nuestros padres, madrinas y pajecitos.



— Mi título de Profesora de Educación Primaria, expedido el 15 de mayo de 1971.



— Las maestras fundadoras, con la directora Alba de Jesús Figueroa Silva.



— El personal docente de la López Mateos: puras mujeres trabajadoras.



— Con mi compañera y amiga, la maestra Araceli, «Cheli».



— Reunión de compañeras profesoras.



— Con las compañeras, junto a la laguna.



— De excursión con mis alumnos, en la zona arqueológica de Comalcalco.



— Con mi alumno Francisco Cardoza Correa, de sexto grado.



— La escuela primaria Lic. Adolfo López Mateos.



— Reunión con mis exalumnos, sesenta años después.



— Recorridos del DIF con las damas voluntarias, en Nacajuca.



Con la gente de las comunidades de Nacajuca.



En las comunidades de Nacajuca.



Premiada en un aniversario de Swiss Just México.



En un evento de Swiss Just.



En uno de mis viajes por Europa.



Reunión con amigas.



Reconocimiento de Swiss Just México.



Entre lavandas.



— Nuestra casa y su jardín, junto a la laguna.



— Nuestra familia, ya crecida.



— El árbol y las piedritas: mi ofrenda de siempre.



— Entre girasoles.



Neftalí y yo, esposos por más de sesenta años.



Con mi hermano Enrique Cortés Torres, hijo también de mi madre Hermelinda.



Con mi hermano.



Los hermanos Cortés Castro.



Con nuestros compadres Ventura Azcuaga.



«Papá Vida», José Neftalí, rodeado de parte de la familia Frías Cortés.



De viaje, entre ruinas antiguas.



Con unas orquídeas moradas.



— Mi examen profesional, 10 de octubre de 1968: di la clase con los sinodales sentados al fondo, mirándome.



— Nuestra boda civil, en el Registro Civil número uno de Villahermosa, ante el oficial Alipio Calles Cortés.



— Foto del recuerdo: mi papá Adolfo, la mamá de Neftalí —doña Mercedes Díaz Pérez—, las madrinas y los pajecitos.



— Llegando en lancha a los poblados de Nacajuca, con el DIF.



— En el jardín de nuestra casa, en la Colonia Magisterial.



— Con el traje regional de mi tierra.